

VIOLENCIA EXPERIENCIAS DE LA RAZÓN

Norma Hortensia Hernández García

El tema que corresponde al presente número, contraviene con el título de la revista que nos da lugar. *Murmullos Filosóficos* nos concede un espacio para tomar la palabra respecto de un tema que no tiene nada de suave o melodioso. Irrumpimos en sus páginas para escribir sobre algo disruptivo, estridente, y frecuentemente colocado en el lugar de la sin razón: la violencia.

La violencia, considerada desde su inmediatez, nos pone de frente a nuestra propia vulnerabilidad, particularmente si la abordamos desde los efectos que la hacen perceptible. Sin embargo, uno de los riesgos que se corren al tomarla discursivamente, es que al colocarla en una estructura gramatical ordenada toma el lugar del sustantivo, lo cual podría dar ocasión a que se erigiera en un concepto autosubsistente, cuyo fundamento reposaría en su carácter aniquilador. No obstante, el conjunto de trabajos que integran el presente dossier, muestran el carácter relacional de la violencia, destacando que no se trata de un concepto sustancial, sino de una categoría que describe ciertas formas de relación de los seres humanos, tanto de sí a sí, como con el mundo.

Los ensayos que se presentan a continuación, despliegan su análisis sobre diferentes horizontes históricos a través de los cuales establecen las tramas que permiten hacer inteligible un concepto tan disruptivo. Ninguno de ellos se ocupa del “qué” de la violencia, sino que al colocarla en situaciones específicas, no sólo ponen de manifiesto el modo en que tal concepto cobra significado, también muestran la manera en que participa en la producción de la inteligibilidad del mundo mismo. Dicho de otro modo, destacan cómo algunas formas que adopta la violencia dan lugar a relaciones significativas, a través de las cuales los seres humanos orientan sus relaciones con el mundo y consigo mismos. Con tal interés, reconstruyen diferentes paisajes históricos y traen a escena los objetos más diversos, tales como la espada, el lecho de muerte o el patíbulo, para apuntalar desde ellos el despliegue conceptual que caracteriza a la actividad filosófica en su labor específica: *aquello que nos parece conocido, la filosofía tiene qué reconocerlo*.

Desde tal tenor, podemos entender que con estos trabajos no se apunta a hechos y relaciones que justifiquen o enjuicien ciertas formas de violencia.

Lejos de señalar o descalificar al acto violento, los autores se han interesado tanto por el modo en que opera la violencia produciendo significado, como en ciertos mecanismos de contención. En el caso de tales mecanismos, la exposición de Sergio Pérez los ilumina colocando como objeto de atención a la súplica y el análisis de la ritualidad que se despliega en torno a ella.

Como se ha apuntado ya, los artículos que se presentan, se colocan en diferentes configuraciones históricas. Sin embargo, al llevar la atención hacia el modo en que se genera el significado de los conceptos, Javier Balladares y Jorge Reyes, proceden de un modo que más que apelar a la actualidad del contenido del tema que exponen, se debe observar la manera en que procede su análisis, el cual denota una apuesta sobre un modo muy actual de comprender la actividad filosófica: la reflexión sobre el modo en que el pensamiento se hace explícito a sí mismo. En tal tenor, el esfuerzo de Balladares al destacar la función de la espada medieval en el cúmulo de relaciones sociales a las que ella misma designa, pone de relieve el modo en que el pensamiento opera en la reconstrucción significativa de las condiciones (tanto lógicas como circunstanciales) que le rodean y otorgan su densidad conceptual. De igual manera, Jorge Reyes, lejos de proponer el papel del verdugo en la sociedad de su tiempo como una manera de otorgar orden y funcionalidad al aparato político-social, nos conduce por las encrucijadas de la razón, cuando el objeto se topa con los obstáculos que le impiden coincidir con su concepto.

Ahora bien, colocarnos en la historia no implica que perdamos de vista la actualidad de nuestro tema. En realidad, como Carmen Camarillo desarrolla, las inquietudes de nuestro propio tiempo impulsan los cuestionamientos que elaboramos a los objetos del pasado, tales como las imágenes de los Cristos sangrantes del Barroco. La expresión del dolor y el sufrimiento de los cuerpos (manifestación inmediata del acto violento) ha cambiado de significado evidentemente, pero los cuestionamientos que le hacemos, provienen de las angustias que nos genera nuestra actualidad. En tal tenor, uno de los puntos de interés que Maharba Annel González ofrece a los lectores, es el contraste entre el modo en que comprendemos un acto que se antoja del todo natural: la muerte. La autora desarrolla las condiciones que rodean a un caballero medieval (autoridad que de suyo detenta el derecho a la violencia) en el momento en que percibe su fin, mostrándonos la elaboración social que entraña un suceso, que tiene mucho de necesario (pues nuestra finitud es ineludible), pero que se conforma en la red espacio-temporal en la que irrumpe.

La inquietud por poner a la violencia en cuestión proviene de su constante presencia en nuestras vidas, la cual no sólo se proyecta en las relaciones interpersonales, pues, como hemos visto, no se trata de un concepto unívoco. En la protesta respecto al propio mundo, e incluso al dolor que se

experimenta en el propio cuerpo, el lenguaje furibundo del ensayista Ezequiel Martínez Estrada también refleja el sentido que la violencia adquiere. Ahora bien, en el trabajo que Adriana Lamoso nos presenta, destaca tal lenguaje no únicamente por el contenido y la forma de expresarse de Martínez Estrada, también porque a través de él cobra voz el punto de ruptura respecto a la política de su tiempo, así como respecto a las enfermedades que le aquejan. En ello contemplamos el medio a través del cual se expresa la salida de sí y la vuelta a sí de un sujeto que vive la ruptura, la falta de adecuación de sí mismo con el mundo. En medio de la ruptura, el autor busca el modo de encontrarse, es decir, se plantea la función que tiene él mismo en la trama de acontecimientos, lo cual nos conduce a un cuestionamiento que es crucial para comprender la unidad de los trabajos que se presentan y es ¿cuál es la función del intelectual? En el caso de Martínez Estrada, es claro que el acento se coloca en la protesta, en la toma de la palabra altisonante para designar el desgarramiento social que contempla, es decir, el estado de cosas del mundo que le aqueja. En el caso de los artículos que se presentan en este número de la revista, se toma el papel de la filosofía en específico, como la tarea de dar cuenta de nuestro propio mundo.

En los trabajos que se presentan no hay indicaciones para salvarnos de la violencia, ni enjuiciamientos respecto al modo en que se hace manifiesta. Si se trae a cuento un tema como el de la gladiatura, en el cual aparece la violencia como aniquilación de la vida, no es para admirarnos de mundos lejanos, sino para mostrar cómo se engarza en la trama de inteligibilidad en un momento determinado. Nada sería más ocioso que erigir un tribunal para juzgar los acontecimientos de la arena romana, sin embargo, comprender que nuestra actualidad subsume los procesos históricos a través de los cuales se ha conformado el occidente que nos abarca, nos coloca en el camino para reconocer que el mundo que se ha creado en el devenir histórico es resultado del pensamiento de los hombres, y comprender de esta suerte las cosas nos coloca en la vía de la posibilidad de transformarlo y hacerlo plenamente nuestro mundo.

Así pues, hacer la experiencia de la razón, no implica considerar únicamente los principios lógicos o normativos por los cuales un concepto debe ser enunciado, sino observar el modo en que los conceptos operan, referidos a las tramas que les dan lugar y, en el caso de la violencia, observar que se trata de una idea que tiene contenido en el mundo, y que como idea, se trata de una elaboración cuya efectividad está dada en las relaciones concretas de los hombres y las mujeres. En los seres humanos que ahí actúan está la capacidad de transformarlo. La apuesta que aquí se muestra, no toma como punto de partida la elaboración de mundos posibles, tanto como la comprensión de aquello que ha ido configurando históricamente a la realidad.